

Desde aquel día, Edmea vivió alerta. Estaba resuelta á sostener la guerra declarada, con toda la violencia que era en ella característica. Menos arrebatada, más habil, hubiera podido, como Fernando le había dicho, lograr mucho de él. Hubiera llegado á dominarle enteramente. Pero ella obraba en el sentido á que le obligaba su naturaleza. Sufría así las consecuencias fatales de su carácter independiente y sombrío. Cuando era niña, no había sabido enloquecer de amor á su madre con caricias y ternuras. Siempre había sido fría, reservada, y así no había conseguido hacerse dueña de la frívola y sentimental Regina. En el momento del matrimonio se había rebelado, empezando á luchar con una fiereza singular y una osadía impropia de una niña. Y, en fin, con su implacable rigor acababa de empujar á los más peligrosos caminos á un insensato, que un senti-

miento de dulce y misericordiosa generosidad hubiera atraído seguramente al bien.

Tuvo la joven horribles accesos de desesperación. Encerrada todo el día en su "laboratorio", no estaba en disposición de trabajar ni tocaba sus pinceles. Sentada en un diván, los ojos fijos, pensaba en su horrible situación, considerándola en todas sus fases, y sin llegar á una solución favorable. Siempre ante ella, como un obstáculo insuperable, aparecía su madre, á quien quería, en cuanto fuese posible, evitar la terrible revelación de la común desgracia. No veía más que un medio de defensa: la clausura.

Bajaba á almorzar y á comer, y luego volvía á encerrarse. En su cuarto, cuya puerta cerraba con llave y cerrojo, respiraba mejor. Pero este aislamiento debía necesariamente extrañar é inquietar mucho á su madre. Su hija ya no quería estar en el salón, no dirigía la palabra al Barón, y esto cuando ya creía Regina que se había establecido entre ellos una intimidad amistosa. Todo aquello era anómalo, y Edmea preveía con angustia que su madre había de alarmarse.

Felizmente, á Fernando fué á quien primero pidió explicaciones su pobre mujer. Dominado por una irritación que había tenido que

disimular, éste no supo contenerse, y se extendió en amarguísimas quejas de la miserable existencia que sufría entre una mujer vana y frívola y una hija rebelde, sombría y muda. Maldijo el tiempo, que era duro, el castillo, que era lúgubre, y se mostró tan aburrido y desesperado, que Regina, desolada, le propuso volver á París al día siguiente. Creía complacerle, pero él se negó á aceptar tal proyecto. Entonces Regina no supo hacer más que llorar, y aumentó con sus lágrimas la exasperación de su marido, que le ocultaba el verdadero origen del estado en que se hallaba. Fué brutal, habló duramente á su mujer, y viéndola insistir en sus disculpas y sus lamentaciones, salió, lívido de cólera, para no ceder á la infame tentación de poner la mano sobre ella.

La Baronesa se dirigió á Edmea, y le preguntó qué motivos tenía para su actitud respecto de Fernando. La joven aparentó asombrarse de lo que su madre le decía y no comprender sus observaciones. Ella era la misma de siempre. Quizá, estando preocupada con un trabajo que le interesaba mucho, tomaba alguna menos parte que antes en la vida común. Pero si todos en la casa tuvieran afición á ocuparse en algo como ella, no habría el mal humor que produce la ociosidad. Su recurso era la pintura.

El Barón tenía el de la caza. ¿De qué se quejaba su amable padre político?...

Se expresó con sumo tacto y gran moderación, haciendo esfuerzos para dominarse y no soltar las palabras que pugnaban por salir de sus labios. Y logró calmar las inquietudes de su madre, y convencerla de que la fermentación de la discordia no estaba en ella.

Entonces Regina no vaciló, y, abandonando todo disimulo, abrió su corazón á su hija. Le confió el tormento que la causaba la feroz tristeza de Fernando. La dejó entrever un poco del misterioso abismo de dolores en que se ahogaba su corazón, y pidió con lágrimas á su hija que la ayudase á obtener, no la felicidad, imposible para ella, sino un poco de tranquilidad. Edmea era la alegría del hogar. Si ella se eclipsaba, todo aparecía triste y sombrío. Y, en fin, la suplicó, como una prueba de su cariño filial, que viviera menos retraída, menos hosca, pues en esto consistía que hubiera paz en Croix-Mort.

Edmea oyó sin pestañear esta formidable exigencia. Sin duda se quería que transigiera con aquel de quien huía con toda la indignación de su ofendida castidad. ¡Y esto por amor filial! Con el corazón destrozado por la pena, pero con el rostro sereno, consintió. Re-

cibió con amargura las caricias de su madre agradecida, y, para obtener la seguridad y el reposo de la pobre mujer, se arriesgaba á comprometer el suyo.

Su reaparición en el salón desarrugó el ceño de Fernando. Una ráfaga de alegría brilló en su frente. No podía esperar nada; pero se alegraba viendo, aunque fría y amenazadora, á la mujer en quien pensaba incesantemente. Se sentó lejos de ella, cogió un libro, y empezó á hojearlo lentamente; después echó la cabeza sobre el respaldo de la butaca, y fingió dormir. Pero estaba bien despierto, y Edmea sentía que los ojos del Barón no se apartaban de ella, fijos é insistentes, como la idea cuya obsesión sufría sin cesar. Algunas veces, en el espejo de su mesa de labor, sin que él lo notara, le había observado furtivamente, y la expresión del rostro de Fernando la había aterrado. No la perdía de vista un momento; su mirada la seguía, la envolvía, y en ciertos momentos parecía acariciarla.

La existencia de la señorita de Croix-Mort se hizo penosísima, intolerable: siempre temiéndole no sabía qué. Angustias continuas y vagas, á que todo contribuía en aquella triste mansión. Cuando casualmente, al bajar por una escalera, sentía que alguien venía detrás, Ed-

mea se precipitaba, para bajar antes, con peligro de caer y romperse una pierna.

Había en el corredor del primer piso, entre su habitación y la meseta de la escalera, un recodo oscuro, y no pasaba nunca por allí sin un miedo horrible. Un hombre hubiera podido fácilmente ocultarse en aquel sitio, y siempre temía ver salir de allí á Fernando como una aparición terrible. Por la noche, durante sus largos insomnios, temerosa al más leve ruido, atento el oído, percibía vagos rumores, misteriosos pasos en la galería donde estaba su habitación. Contenia la respiración para oír mejor, y creía percibir, detrás de la puerta, el murmullo de ahogados suspiros. Antes de acostarse tenía la previsión de mirar si el cerrojo de la puerta ó la cerradura presentaban alguna señal de violencia. Y después de adoptar todas las precauciones, se acostaba, dispuesta á defenderse hasta la muerte si era preciso.

La pobre, á pesar de todo su valor, no podía vivir, y comenzaba á enflaquecer y desfigurarse. Aquella constante tensión de su espíritu era el más doloroso de los tormentos. ¡Disimular, mentir y desconfiar, ella, que era la lealtad, la franqueza y la confianza mismas!... ¿No era mejor un estallido que pusiera fin á aquella lucha sorda y penosísima? Pero, ¿cuándo

se produciría este término consolador y espantoso á la vez? El mes de Diciembre, y el matrimonio no hablaba de volver á París. ¿Tendría Edmea que sufrir todo el invierno aquel odioso bloqueo?

Los únicos días que Edmea sentía algún alivio en su pesadumbre eran los domingos cuando el Cura venia á comer en Croix-Mort. En su presencia se animaba; la sonrisa reaparecía en sus pálidos labios, y sus ojos recobran la expresión tranquila y candorosa. Muchas veces había querido confiar sus horribles penas al Cura. Sería un gran consuelo para ella oír el consejo de aquel viejo, que tan tiernamente la amaba.

Llevábale á la terraza, temblando, febril, y á medida que llegaba el momento de hablar, su angustia crecía, y no podía articular palabra. Tenía vergüenza, como si en aquella funesta pasión de que era objeto hubiera algo infamante para ella. El buen hombre la decía:

—Pero ¿qué tiene Ud., mi querida señorita? Está Ud. intranquila. ¿Qué es lo que la mortifica?... Hace mucho tiempo que no me hace usted el favor de venir á pasear conmigo por esos hermosos campos.

Respondía de una manera evasiva, pensando en lo que no se atrevía á decir, y conteniendo

do las palabras de la horrible confesión que iban á abrasar sus labios.

En fin, un día, su corazón, rebotando ya amargura, estalló en convulsivos sollozos, que produjeron en el Sacerdote el más profundo estupor. Edmea se asió á su brazo para no caer, sofocada por una crisis nerviosa, y el pobre hombre, con los ojos muy abiertos, no sabiendo lo que la pasaba, decía con voz de angustia:

—¡Edmea! ¡Mi amada Edmea!... ¿Qué sucede? ¿Qué sucede?... Yo voy á llamar á su madre de Ud.

La joven recobró su energía para pronunciar un "¡No!", tan claro, tan fuerte, que el Cura presintió alguna misteriosa y terrible aventura. El Sacerdote reapareció en aquel momento, firme, entero y grave, con palabras de esperanza y de misericordia en sus labios, y dispuesto, en nombre del Divino Maestro, á consolar ó absolver.

Bajaron lentamente hasta la orilla del estanque, y se detuvieron junto á la escalinata del embarcadero. Los botes, amarrados con su cadena, se balanceaban llenos de hojas caídas de los sauces. Los cisnes nadaban arrogantes y vanidosos sobre la superficie del agua. Edmea recordó con tristeza el día en que, viéndolos, había tomado la resolución de mantenerse, co-

mo ellos, aislada y altiva con su melancólica pureza. ¿No profanaban en cierto modo aquella pureza los deseos inicuos que sentía que en redor suyo se agitaban? Volvieron á asomar las lágrimas á sus ojos, y el buen Cura se preguntó con espanto si un dolor semejante podía ser el de un corazón inocente.

—Dígame Ud. todo, hija mía...—dijo, ahogando un suspiro.—Aquí, como en el confesionario, puede Ud. estar segura del secreto.

Edmea adivinó la sospecha que había hecho nacer en el ánimo del Párroco; se ruborizó, fijó en él la mirada candorosa, y sintiéndose con más valor, le dijo.

—Un consejo es lo que tengo que pedir á usted, padre mío, y no es una confesión la que he de hacer en este momento... No me encuentro en culpa de nada. Y si Ud. me ve tan turbada, es porque, sin saber qué resolución tomar, tampoco sé á quién acudir, á quién volver los ojos.

Y ya sin vacilaciones, sin debilidad, reveló al anciano con perfecta franqueza la terrible realidad. El sacerdote la oyó silencioso, con visible emoción. El buen hombre, confidente de todos los malos pensamientos y de todas las acciones culpables, no había podido presentir tan temeroso y siniestro misterio. ¿Qué diría á

aquella joven, doblemente ofendida, porque á su propia ofensa habia que añadir la de su pobre madre? ¿Cómo haria para preservarla y defenderla? Quedó suspenso algunos momentos, lleno de angustia, durante los que creyó oír risas de demonios desafiando al cielo, y triunfando ya en la obra abominable comenzada.

—Nuestra miserable humanidad—dijo con tristeza—tiene la falta por punto de partida, y el crimen profanó su origen. El mal está dentro de nosotros, y nos hace sucumbir facilmente. Pero hay grados en la impureza, y yo no podía presumir que un hombre pudiera descender tan bajo... ¡Pobre niña! ¡Cuánto la compadezco por tan inmensa desgracia, y cuánto la admiro por su incomparable valor!... Es usted verdaderamente una santa, y Ud. desarmará á la iniquidad...

Con la mayor ternura, cogiendo afectuosamente las manos de Edmea, continuó:

—Es imposible que el cielo abandone á usted... Hay, no lo dude Ud., obstáculos supremos, que Dios suscitará oportunamente. Le imploraremos de todo corazón, y Él la defenderá, mi dulce y amada Edmea... Pero es preciso no dejarle todo el cuidado á la Providencia, y sería yo un loco si no aconsejase á usted

que adoptase todas las precauciones posibles para su seguridad. Ud. sabe cuánto la amo, y creo que, además de mis súplicas al Todopoderoso, puedo ayudar á Ud. de otra manera. ¿No cree Ud. que sería conveniente abrir los ojos de su señora madre? ¿Quiere Ud. que yo la hable?...

Pero Edmea, que hacia tanto tiempo tomaba las mayores precauciones para que la Baronesa no se enterase de nada, suplicó al Cura que no lo hiciera.

—¿Pues cree Ud.—continuó el Cura—que no podrá auxiliar á Ud. de una manera muy eficaz?

—No, señor Lavasseur; no puedo esperar ningún auxilio de ella... ¡Es tan debil y tan facil de engañar!... Ya ha sufrido bastante por ese desgraciado sin exhalar una queja... No puedo decir á Ud. todo lo que he sorprendido ó adivinado durante los dos meses de agitación y fiesta que han precedido á estas tristes semanas... No recelaban de mí, y se hablaba sin rebozo... ¡Si supiera Ud. cuántas humillaciones y cuántos ultrajes ha sufrido mi pobre madre!... Entre las mujeres que vivían bajo su techo, que se sentaban á su mesa, la abrazaban, la acariciaban descaradamente; las había que habían sido, ó eran, sus rivales... Me avergüenza tener

que decir estas cosas...; pero se hacia escarnio de mi madre cínicamente. Y ella, señor Cura, no lo ignoraba, estoy segura, porque había días en que hacía trizas el encaje de su pañuelo, al mismo tiempo que sonreía... ¡Y ella lo sufría todo!... ¿Qué quiere Ud. que haga por mí, no habiendo sabido hacer nada por ella?... No, no; yo no le iré á dar ese tormento... Respetaré su última ilusión... Y no la diré nunca lo que pasa, hasta el día en que ya no encuentre absolutamente otro refugio que sus brazos.

Callaron uno y otro. El clérigo admiraba el valor de aquella mujer; y con sus ojos de hombre honrado, buscaba en torno de la frente pura de Edmea el nimbo de oro que se ve en las vírgenes mártires.

—Y á él, ¿quiere Ud. que yo le hable?—preguntó.—¿Quién sabe si, viendo que yo conozco sus detestables proyectos, no se avergonzará de sí mismo?... Los ojos de un hombre de bien son un buen espejo, hija mía... En los míos se verá perverso y aborrecible, y acaso se arrepienta y se enmiende.

Edmea movió la cabeza, dudando del resultado de lo que la proponía.

—Pruebe Ud., si quiere, padre mío, aunque no creo que consiga Ud. nada. Si he confiado á usted mis penas hoy, ha sido porque ya me sen-

tía sin fuerzas. Usted siempre me ha querido; y me ha conocido tan niña, tan inocente y tan venturosa, que estaba segura de que Ud. había de tener compasión de mí.

—¡Ah, mi querida señorita, hija predilecta de Dios! ¡Ojalá pudiera yo librar á Ud. ahora mismo de toda pesadumbre, y devolverla la paz y la esperanza, aunque fuese á cambio de mi vida! Con gusto ofrecería yo este sacrificio al Señor... Yo le pediré que me inspire palabras que puedan persuadir y reducir á ese hombre... Mañana, cuando me vea Ud. llegar á Croix-Mort, salga Ud., y vaya á esperarme á mi iglesia. Cuando termine la conferencia, vendré á reunirme con Ud... Y, confianza y valor, hija mía.

Lentamente, sin hablar más, volvieron al castillo, esforzándose en dar á sus fisonomías la apariencia de la confianza y la indiferencia.

En el jardín de la iglesia, la mañana siguiente, Edmea se paseaba triste y pensativa. Seguía la hilera de plantaciones, despojadas ya de sus flores, que el jardinero, al mismo tiempo enterrador, cultivaba con el mismo instrumento que le servía para cavar las fosas. En el fondo, adosado á la pared del cementerio, había un pabellón de emparrado, en el que, en estío, una viña virgen ostentaba sus hojas púr-

pura. Muchas veces había estado sentada allí la niña con el padre del Cura, el viejo pintor, su maestro, que ya reposaba bajo el musgo verde al lado de la iglesia que había restaurado y embellecido. Mientras el pintor y ella hablaban, contándole el viejo alguna sencilla historia, el Cura paseaba á la sombra de la pared, leyendo su Breviario. ¡Qué horas tan dulces y tranquilas había pasado allí! ¡Y qué lejos estaban ya! ¡Dichosos recuerdos de grátisima memoria, tan distintos de las penosas impresiones y sombríos temores que la atormentaban!

Detúvose ante la tierra despojada de su verdor y junto al tronco donde aún colgaban pámpanos secos por el viento del invierno, y se entregó á la ilusión de su pasado venturoso. Veíase niña; su criada Rosalía acababa de llevarla á dar su lección, y esperando que el señor Cura saliese por la puerta de la sacristía con su libro en la mano, oía en el taller al viejo, que con un diamante cortaba los trozos de cristal. Gozaba entonces la más pura alegría. Todo la parecía hermoso y bueno. Volvía luego á Croix-Mort, donde encontraba á su madre, bella y sonriente, que la abrazaba con efusión; comían las dos juntas, y por la noche, con los ojos entornándose, íbase á dormir tranquila en su cama, bajo

la blancura de sus cortinas, sin otra preocupación que la de no olvidar su oración. Ninguna sombra había en su espíritu; no conocía los temores ni las amenazas. Podía respirar libremente; todo era fiesta para ella, los seres y las cosas; y ante sus ojos no había más que purísimo cielo azul.

Abriose la puerta del jardinillo, y el ruido que hizo el Cura al abrirla la volvió á la realidad. Vió al sacerdote, sombrío como su porvenir, adelantarse hacia ella, y sus ilusiones de un momento se disiparon para no volver, como una bandada de pajarillos asustados.

El Cura cogió la mano de la joven, y se la apretó afectuosamente y en silencio. Siguieron andando algunos momentos, no apresurándose él á darle noticias que juzgaba desagradables, y ella considerando inútil preguntarle, porque había perdido toda esperanza.

En fin, el anciano suspiró, sin desahogar por eso su angustiado pecho, y mirando á Edmea con ternura, empezó así:

— He visto á ese desgraciado, y aún estoy, hija mía, horrorizado de lo que me ha dicho. Durante una hora he estado con él, procurando calmarle, convencerle, dulcificarle y moverle á sentimientos generosos. Entregado á una especie de penoso delirio, parecía no comprender-

me... Si no supiera que no tiene esa costumbre, habría creído que estaba beodo... Tan descompuesto tenía el semblante... Ha contestado á mis dulces y afectuosas palabras con violencias sin nombre, maldiciendo del cielo y de la tierra, acusando á su destino y desatándose en blasfemias... Ese hombre, hija mía, tiene el infierno en el corazón. Dice que sufre horriblemente, y creo que no miente... Sus acentos de dolor son desgarradores, y le he visto verter lágrimas, que el fuego de su rostro secaba inmediatamente. Los demonios deben sufrir así. Me ha dado miedo verle y oírle.

—¿Y de qué se queja?—preguntó Edmea con serenidad.—¿Puede suponerse que la causa de sus sufrimientos no está en él mismo? ¿Qué sangre corre por las venas de ese hombre? ¿Qué cerebro trabajado por la demencia lleva en su cabeza? ¿Qué refinada depravación es la suya? ¿Puede hallarse en semejante ser algo que sea humano? Es una bestia feroz, rugiente y cruel lo que Ud. acaba de mostrarme; pero no un hombre. En la lucha empeñada entre él y yo, ¿ve Ud., padre mío, un término que no sea trágico y espantoso? ¿Será preciso que me quite la vida para librarme de él?...

—No hable Ud. así, ¡por Dios! hija mía—le dijo el clérigo.—Matarse es un crimen, y usted

no le cometerá... Convencido de que por la dulzura no lograría nada de ese insensato, he apelado al rigor...; le he amenazado... Le he dicho que si ponía á Ud. en un caso desesperado, acudiría Ud. á todos los medios de que puede disponer para castigar su osadía... Le he hablado hasta de hacer intervenir á la justicia... No sé si es que no estaba en su juicio, ó que no ha creído en lo que le decía... Ha seguido en sus horribles blasfemias..., y ni á mí mismo ha respetado. Sin embargo, yo le amaba cuando era niño..., lo mismo que á Ud. Pero él todo lo ha olvidado... Sólo me ha parecido que su razón recobraba alguna lucidez cuando le he trazado el cuadro de las angustias que Ud. sufre, de su profunda desesperación... Se ha calmado su cólera, ha estado un momento silencioso y abatido, y luego me ha dicho:—“Diga Ud. á Edmea que deseo hablarla, verla sin testigos, sola... Es preciso que yo tenga una explicación con ella... Su influencia sobre mí no tiene límites: es absoluta... Bien lo sabe... Lo preciso es que ella quiera hacer de mí lo que quiera... Pregúntele Ud. si consiente. En cinco minutos se arregla todo cuando se quiere.”—Le he contestado que Ud. no consentiría, que él era quien debía dar á Ud. pruebas de buena voluntad, y que la mejor prueba sería que se ausentara de

Croix-Mort... Al oír esto, ha reído diabólicamente, y ha exclamado:—“¡Quiere alejarme! ¡Y que yo me aleje con la idea de que me desprecia y me odia!... Bien sabe ella que yo no podría vivir con esa idea, y que pronto se vería libre de mí para siempre... ¡Eso es lo que ella quiere!”—“¿Puede querer otra cosa?” le he dicho.—Me ha mirado fijamente, y ha contestado:—“Sea; pero no me dejes engañar.”—Ha movido luego la cabeza violentamente, y ha repetido:—“No, no me dejes engañar; no, no.”—Y se ha retirado. ¿Qué pretende? ¿Qué significa su obscuro lenguaje?... ¿Se arrepiente de lo que ha hecho? ¿Quiere disculparse? ¿Sería conveniente que Ud. tuviera una entrevista con él? ¿Sería peligroso?... No me atrevo á dar á usted un consejo... Soy un pobre hombre, cuya vida ha corrido tranquila, sin emociones y sin peripecias... No tengo ninguna experiencia de las sutilezas del vicio... Todo lo que sé y lo que veo hace veinticuatro horas, me espanta... Creo que ese hombre es un loco, y no un ser en la plenitud de sus sentidos... Temo para Ud. las mayores desventuras, y no sé, infeliz de mí, cómo defenderla.

Edmea sonrió resignada.

—Tomaré la resolución de no poner el pie fuera de casa, de no alejarme de mi madre, y en

último caso apelaré á su protección... Pero en cuanto á ceder á la exigencia de esa entrevista, como Ud. le ha dicho muy bien, me niego en absoluto. Si empezase por ceder, Dios sabe todo lo que tendría que sufrir.

La joven salió del jardín, acompañada del Cura hasta la verja del castillo, y no se separó de ella hasta que estuvo bien persuadido de que nada tenía que temer.

Sin embargo, la Baronesa, aunque era poco recelosa, empezaba á sentir algo más que sorpresa, viendo la actitud que Fernando y Edmea conservaban obstinadamente. Si su hija no hubiera cedido nunca en la hostilidad que desde el principio había manifestado respecto del Barón, su actitud no hubiera exigido ninguna explicación. Pero durante algunas semanas, las relaciones entre los dos habían sido menos tirantes, menos ceremoniosas. Cierta familiaridad que se veía en ellos, hacía presumir una conciliación entre su hija y su marido. Pero cuando Regina se regocijaba de haber conseguido ver la armonía entre ellos, súbitamente había reaparecido la discordia. Y no sólo no podía esperarse que esta discordia cesara, sino que había de temerse se acentuara más cada día. ¿Por qué? ¿Qué había pasado? La pobre no se daba respuesta satisfac-

toria. Todo era oscuro, misterioso, inexplicable.

Se propuso observarlos, pero no pudo encontrarlos juntos. Se huían, ó más bien, ella lo notó, Edmea huía de Fernando. Algunos días antes había hecho una tentativa para volver á verlos juntos. Edmea, dominando su visible repugnancia, había vuelto al salón; pero allí estaba horas enteras sin despegar los labios, y sólo se mostraba expansiva cuando él salía.

Regina conocía la firmeza de carácter de su hija, y sabía que cumplía sin vacilación ni duelo sus propósitos. Para que no siguiera cumpliendo la promesa que le había hecho de recibir más benévola á Fernando, era preciso que tuviese una razón muy poderosa. Esta profunda antipatía se había manifestado después de la última salida á caballo. Ellos negaban, el uno y el otro, que hubiera pasado nada extraordinario aquel día, procurando convencerla; pero ella no podía convencerse.

Una profunda tristeza se apoderó de Regina. Envejecida casi instantáneamente, después de haber sido tanto tiempo joven y hermosa, veía claro ya en sus actos, y se culpaba amargamente de haber sacrificado su hija á su marido. Hubiera querido tenerlos juntos á

su lado, contentos, y reparar su injusticia con bondades y ternuras. Había soñado hacerse adorar por Edmea, y lograr que Fernando amase á Edmea como á una hermana menor. Siempre sentimental, forjábese una novela, y seguía el curso peregrino de su dichosa ficción, mientras que el destino implacable trabajaba en prepararle una terrible realidad.